

Psicología social

228

**Alfred R. Lindesmith
Anselm L. Strauss
Norman K. Denzin**

***Prólogo de
José Ramón
Torregrosa Peris***

ESTE LIBRO ES UN BIEN PÚBLICO, NADIE
TIENE DERECHO A SUBRAYARLO O
ANOTARLO. QUIEN LO DETERIORE ESTARÁ
OBLIGADO A REEMPLAZARLO POR UNO
NUEVO.

CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas

**SIGLO
XXI**

PRÓLOGO

Los manuales introductorios a las disciplinas científicas, sobre todo en las ciencias sociales, además de cumplir las funciones pedagógicas de presentar al estudiante los problemas, conceptos, teorías y métodos de que se valen para acometer sus investigaciones, y, con ello, suscitar una mirada distintiva en el hacer preguntas y en el modo de intentar responderlas, han tenido y siguen teniendo la función de hacer balance sistemático, actualizado y crítico-reflexivo de los desarrollos y avances en los conocimientos generados, así como del horizonte inexplorado de cuestiones que le quedan por delante. Es como definir lo que un campo de estudio es, mostrar en qué consiste y, si es posible, su consistencia. Claro que decir lo que son las cosas, comenzando por el inicial acto de nombrarlas, no es sólo un acto intelectual, una acción que responda sólo a la exigencia de dar razón de ellas o explicarlas, sino también un acto de poder, una acción que les confiere un modo de ser, una identidad. En ese sentido, los manuales introductorios de los campos del saber son una expresión de su política identitaria, anuncio y proclamación de la ocupación de un territorio, en demasiadas ocasiones con pretensiones poco razonables de exclusiva jurisdicción. Tal situación es casi consustancial en aquellas disciplinas que, como la Psicología Social, no parecen encajar con nitidez en la casuística académica tradicional, proclive a la cosificación institucionalizada de lo que son —o deberían ser— provisionales recursos analíticos, indesligables del contexto de cada investigación empírico-concreta. ¿Es la personalidad individual o social? ¿Podemos entender plenamente la estructura y dinámica de una sociedad con prescindencia de las acciones de las personas/sujetos que en ellas se comunican y se relacionan? Las respuestas que intentemos dar a preguntas de este tipo, en cualquier grado de concreción, difícilmente podrán limitarse a un sólo nivel de análisis, psicológico o sociológico.

Esta constatación, por otra parte obvia, es la que subyace al hecho de que la Psicología Social haya sido un campo cuyo origen, desarrollo y situación actual sean compartidos por la Psicología y la Sociología.

Pero lo aparentemente claro deja de serlo cuando entran en juego los intereses corporativos. La sutil y sin embargo fervorosa militancia gremialista prima con frecuencia sobre las cuestiones epistemológicas o históricas básicas en la organización de las disciplinas.

Hasta la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente, el peso relativo de cada una de las dos disciplinas matriz en la configuración de la Psicología Social, indicado en términos del número de manuales de cada orientación, psicológica o sociológica, estaba más o menos equilibrado. A partir de entonces, el predominio psicológico comienza a hacerse evidente, sin que por ello deje de seguir existiendo una Psicología Social sociológica, en gran medida coincidente, aunque no totalmente, con el interaccionismo simbólico. Esta dual ascendencia disciplinaria se ha mantenido hasta el presente.

Así, bajo la misma etiqueta de Psicología Social subsisten tendencias conceptuales, metodológicas y aplicadas diferentes, con frecuencia inconexamente yuxtapuestas. Los laudables intentos de organización de una coexistencia, o potencial convergencia inter o transdisciplinaria —lo cual sería bastante razonable tanto en términos organizativos como epistemológicos— han topado con el excesivo celo del corporatismo gremialista de unos y con el táctico enroque durkheimiano de otros. La ley de hierro de la reproducción burocrático-académica parece explicar plausiblemente estas situaciones, que llegan al absurdo en los debates (¿?) de algunas comisiones de planes estudios. En ambos casos, las consecuencias son similares: la rigidificación de las fronteras disciplinarias, en regresión a una supuesta pureza esencialista de las propias disciplinas de origen, en contradicción con el mestizaje que ha caracterizado el desarrollo de las ciencias sociales, y en contradicción también con la actual tendencia a relativizar esas fronteras, tanto desde la teoría del conocimiento¹ como desde la práctica de la investigación². Es algo que deberían tener en cuenta los responsables de la organización académica de las ciencias sociales, más allá de parciales intereses.

En estas circunstancias, la publicación por el Centro de Investigaciones Sociológicas del texto de Lindesmith, Strauss y Denzin es una contribución muy valiosa, en línea con lo que esta institución ha veni-

do haciendo a lo largo de décadas con su apoyo al desarrollo de las ciencias sociales en nuestro país. Haré mención brevemente de algunos argumentos que justifican la oportunidad de esta publicación.

En primer lugar, contribuye a incrementar y actualizar el repertorio de manuales en castellano de Psicología Social con una clara orientación sociológica, tales como los clásicos de Kimball Young, Newcomb, Gerth y Mills, Shibutani, etc. Desde su versión inicial de 1949, con los dos primeros autores, Lindesmith y Strauss, y con los tres desde 1976, ha sido leído por muchas generaciones de estudiantes de Sociología y contribuido más, quizás, que ninguno de los anteriores, a la imagen de una Psicología Social que se haría empírica, pero en términos de la orientación filosófica pragmatista de Mead y Dewey, y expresamente deudora del legado de otros sociólogos de la escuela de Chicago como W. I. Thomas, Florian Znaniecki, Robert Park, Charles H. Cooley, Ellsworth Faris, Herbert Blumer, etc. Como dice el propio Denzin en el Prefacio, la edición actual se ha convertido en el manual de Psicología Social vigente más antiguo de Estados Unidos, y muy probablemente del mundo. El afianzamiento de esta perspectiva en nuestro contexto, además de su pertinencia científica, contribuye a legitimar desde una tradición más sólida y sedimentada recientes aportaciones españolas como las de Fernández Villanueva³, Álvaro y Garrido⁴ y Crespo⁵. Constituye igualmente un saludable correctivo a una idea muy generalizada, aunque inexacta, de que la única Psicología Social existente es la generada desde los enfoques teórico-metodológicos de la Psicología Social convencional. La cual, por otra parte, no suele rebasar los límites de la Psicología sin más, y constituir un corpus de explicaciones reduccionistas, supuestamente para uso de administradores de conductas y conciencias, muy en consonancia con la hegemónica ideología individualista. Esto supone, en realidad, una concepción de la Psicología Social como Psicología aplicada, es decir, una psicologización de la realidad y de los problemas sociales —fase previa a su medicalización. Pero esto es, en cierto modo, una inversión de los fines genuinos y originarios de toda Psicología Social que se precie de tal, a saber: tomarse en serio la idea de que la textura más íntima de la mente humana se hace en la comunicación y en las relaciones so-

¹ Toulmin, S. (2003[2001]), *Regreso a la razón*, Barcelona: Península.

² Calhoun, C. (1992), «Sociology and Other Disciplines, and the Project of a General Understanding of Social Life», en T. C. Halliday y M. Janowitz (eds.), *Sociology and its Publics*, Chicago: The Chicago University Press, pp. 137-195.

³ Fernández Villanueva, C. (2005), *Psicologías sociales en el umbral del siglo XXI*, Madrid: Fundamentos.

⁴ Álvaro, J. L. y Garrido, A. (2003), *Psicología Social: Perspectivas psicológicas y sociológicas*, Madrid: McGraw-Hill.

⁵ Crespo, E. (1995), *Introducción a la Psicología Social*, Madrid: Universitas.

ciales. La investigación de todas las posibles implicaciones de este axioma, asumido explícitamente por la Psicología Social de Mead, ha sido el supuesto más genérico que ha orientado el programa de la Psicología Social sociológica, y hacia el cual han ido convergiendo otras corrientes críticas de la propia Psicología Social convencional⁶.

Por otra parte, la publicación de este cuasi-mítico texto viene a poner de relieve algo que quizás ha permanecido entre nosotros demasiado poco reconocido, a pesar de tan buenos conocedores de la obra de Mead como Julio Carabaña y Lamo de Espinosa⁷, Sánchez de la Yncera⁸, Úriz Pemán⁹, González de la Fe, Caballero¹⁰, etc. y del conocimiento de la obra de quien es, quizá, el mejor intérprete actual de Mead: Hans Joas. Y es que la vigencia y fecundidad del pensamiento de Mead, y del interaccionismo simbólico en general, se ha debido en gran medida a su consideración como Psicología Social, o como un enfoque psicosociológico de la Sociología. Es ese carácter psicosociológico de los “problemas nodales” de la tradición interaccionista lo que da continuidad a la escuela de Chicago, desde los clásicos fundadores a la Segunda escuela¹¹, desde el *El campesino polaco* (también publicado recientemente por el CIS) y *Espíritu, persona y sociedad*, hasta este texto, pasando por Blumer y demás. La crítica a esta corriente como aestructural reconoce implícitamente esta observación. Lo que esto significa es que si la tradición interaccionista ha constituido un eje importante en el origen y desarrollo de la Sociología, hasta el punto de que hay que incluir a Mead en el canon de los clásicos de la teoría social, del que le excluyó Parsons en *La estructura de la acción social*¹², esta centralidad no se asienta sólo en la formulación de una acertada teoría de la acción, sino también en que fue concebida como una Psicología Social —el título del curso

⁶ Gordo, A. J. y J. L. Linaza (eds.) (1996), *Psicologías, discursos y poder*, Madrid: Visor.

⁷ Carabaña, J. y Lamo, E. (1978), «Resumen y valoración crítica del interaccionismo simbólico», en J. Jiménez y C. Moya (eds.), *Teoría sociológica contemporánea*, Madrid: Tecnos, pp. 322-357.

⁸ Sánchez de la Yncera, I. (1994), *La mirada reflexiva de G. H. Mead*, Madrid: CIS/Siglo XXI.

⁹ Úriz, M^a J. (1993), *Personalidad, socialización y comunicación. El pensamiento de G. H. Mead*, Madrid: Libertarias-Prodhuft.

¹⁰ Caballero, J. J. (1997), «G. H. Mead y el interaccionismo simbólico», *Sociedad y Utopía*, núm. 9, pp. 25-43.

¹¹ Fine, G. A. (ed.) (1995), *A Second Chicago School? The Development of a Post-war American Sociology*, Chicago: The University of Chicago Press.

¹² Carreira, F. (2006), «G. H. in the History of Sociological Ideas», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 42(1), pp. 19-39.

tantos años impartido por Mead en Chicago— en respuesta al proyecto de una psicología que consideró insuficientemente fundada en cuanto a su misma concepción de lo psíquico. Su recepción, ulterior desarrollo y cristalización en los departamentos de Sociología se ha producido en términos de una subdisciplina que le es inherente, de lo que es ejemplo excelente este mismo texto. Lo que no quiere decir que el alcance del pensamiento de Mead no desborde los límites de los contenidos habituales de la Psicología Social.

Si los ‘responsables reales’ de la organización académica y profesional de la Sociología no asumen las implicaciones, en varios planos, de lo que se dilucida en esta cuestión, estarán abdicando de una tradición fecunda que le ha sido y le es propia bajo la denominación de Psicología Social. Lo cual no sólo significaría una injustificada limitación de opciones para todos aquellos estudiantes que se sientan atraídos hacia una vocación sociológica, en cualquiera de sus vertientes, sino también su probable absorción y colonización excluyente por las perspectivas reduccionistas a las que antes me he referido.

En tercer lugar, es significativo observar en este texto cómo, sin merma de su carácter pedagógico, se mantienen vivas las diferencias epistémico-metodológicas tradicionales que han enfrentado a los interaccionistas simbólicos (aunque no a todos, ciertamente: Stryker, por ejemplo) con el cientifismo de la Sociología convencional. Aunque hoy ya la intensidad de esos enfrentamientos ha disminuido muy sensiblemente, en gran medida debido al éxito de la ‘revolución cualitativa’, a la que tanto han contribuido los dos últimos autores de esta *Psicología Social*, Strauss y Denzin. Esta edición hace más explícita que las anteriores su posición crítico-interpretativa sin ningún tipo de complejos. Muestra claramente que pueden discutirse, clarificarse, comprenderse y explicarse todas las cuestiones sustantivas sin necesidad de atenerse a los consabidos rituales de la retórica positivista. Es aquí donde se ve la mano de Denzin, cuya radical e innovadora evolución intelectual hacia posiciones posmodernas y crítico-emancipatorias le sitúan en los límites mismos de la ortodoxia interaccionista. Su compleja trayectoria intelectual está presidida por una desbordante creatividad y una tensión crítica orientada hacia la renovación del propio interaccionismo simbólico, que tempranamente se manifiesta con un intento de síntesis con la etnometodología¹³ y, posteriormente, con

¹³ Denzin, N. K. (1970), «Symbolic Interactionism and Ethnomethodology», en J. Douglas (ed.), *Understanding Everyday Life*, Chicago: Aldine, pp. 259-284.

la apertura, aproximación e incorporación a las corrientes y autores que suelen representar la posmodernidad (Lyotard, Baudrillard, Foucault, Derrida, etc.) y los “estudios culturales”¹⁴. Más recientemente postula un comprometido activismo crítico-emancipatorio¹⁵.

Hay un cierto paralelismo entre Denzin y lo que ha significado Kenneth Gergen —cuya directa y significativa influencia en España puede apreciarse en la Psicología Social construccionista y crítica de Tomás Ibáñez y su grupo en la Autónoma de Barcelona¹⁶— en la Psicología Social psicológica. Ambos han defendido consistentemente, frente a los guardianes de la ortodoxia positivista tradicional, la necesidad de tomarse en serio la quiebra del paradigma heredado. Desde su punto de vista no puede responsabilizarse de la sensación de crisis que haya podido experimentar la Sociología americana desde los años ochenta a las Sociologías de orientación hermenéutica o crítica, sino más bien a las insuficiencias del propio paradigma positivista, como han puesto de manifiesto la Sociología y Filosofía de la ciencia. Y si a pesar de haber transcurrido un siglo desde el reconocimiento institucional independiente de la Sociología como saber científico, diferenciado de los tradicionales saberes literario-humanísticos, persisten vigentes —salvadas las distancias históricas— las controversias intelectuales básicas en medio de las que se produjo tal reconocimiento¹⁷, nada tiene de sorprendente y sí mucho de razonable que se busquen alternativas al promisorio y mimético proyecto natural-positivista, ante cuya precariedad epistemológica se siguen acogiendo sus creyentes a lo que llamaba Ortega las calendas griegas, es decir, invocando un futuro de progreso teórico-predictivo, al que se llegará inductivamente tras la paciente acumulación de investigaciones empíricas. Futuro que no se ha hecho realidad, por lo menos en los términos estipulados por esa retórica, repetida *ad nauseam* en los manuales de metodología y convertidos en cuasi-dogmas institucionalizados en los planes de estudios. En ese sentido, las críticas posmodernas han contribuido posi-

¹⁴ Denzin, N. K. (1986), «Postmodern Social Theory», *Sociological Theory*, vol. 4 (2), pp. 194-204; Denzin, N. K. (1992), *Symbolic Interactionism and Cultural Studies*, Oxford: Blackwell.

¹⁵ Denzin, N. K. (2003), «The Call to Performance», *Symbolic Interaction*, vol. 26 (1), pp. 187-207.

¹⁶ Ibáñez, T. (ed.) (1989), *El conocimiento de la realidad social*, Barcelona: Sendai; Ibáñez, T. e Íñiguez, L. (eds.) (1997), *Critical Social Psychology*, Londres: Sage.

¹⁷ Lепенies, W. (1990[1985]), *Les Trois cultures: entre science et littérature: l'avènement de la sociologie*, París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme.

tivamente a que el “consenso ortodoxo” en torno al paradigma tradicional se hiciese más reflexivo, más autocrítico y, en última instancia, más abierto y plural. Es, justamente, esta mayor diversidad, y la fragmentación en áreas de especialización, inconexas entre sí, lo que ha llevado a estudiosos como Horowitz a hablar de crisis en la Sociología¹⁸. Esta diversidad fragmentaria, característica de la disciplina en general, puede igualmente predicarse respecto del interaccionismo simbólico, y en el que Denzin representaría la avanzadilla crítico-posmoderna.

Por ello ha sido objeto de aceras críticas tanto desde dentro como desde fuera del interaccionismo simbólico. El mucho y audaz trabajo de renovación intelectual de Denzin no desvirtúa la continuidad de orientación teórica del texto originario, sino que, a mi ver, lo hace más actual y comprensivo, elaborando y desarrollando los supuestos teóricos de ediciones anteriores, abriéndolos sin miedo a otras corrientes. Esta continuidad la pone de manifiesto el mismo Strauss cuando se refiere retrospectivamente, más de 40 años después, a la primera edición:

[El texto de] Psicología social, escrito con Alfred Lindesmith, no se centraba en la acción/interacción en cuanto tal —aunque la asumía—, sino en considerar en detalle las implicaciones del lenguaje para la percepción, la memoria, la socialización, el autoconcepto, la interacción misma, y otra serie de fenómenos —todo ello en explícita oposición a las explicaciones conductistas...¹⁹.

Éste parece seguir siendo el propósito del texto actualizado por Denzin en esta octava edición, teniendo en cuenta los ‘giros’ y crisis acontecidos en las tradiciones y disciplinas de las ciencias sociales en las últimas décadas. Ese temprano giro lingüístico indicado por Strauss en la primera edición implicaba el narrativo-crítico asumido por ésta. No necesariamente dirán algunos, con cierta razón, pero temerosos de perder pie respecto de pasadas certidumbres.

En cualquier caso, de lo que no me cabe duda es que a la perspectiva que adopta le es inherente esa racionalidad dialógica tan necesaria para ‘superar’ la fragmentación de las distintas tradiciones de la ciencia social, tal y como ha señalado Donald Levine²⁰. Con la lectura de

¹⁸ Horowitz, I. L. (1994), *The Decomposition of Sociology*, Nueva York: Oxford University Press.

¹⁹ Strauss, A. (1993), *Continual Permutations of Action*, Nueva York: Aldine, p. 8.

²⁰ Levine, D. N. (1995), *Visions of the Sociological Tradition*, Chicago: The University of Chicago Press.

este texto, a la vez que se ejercitarán en esa racionalidad dialógica, accederán los estudiantes a una mejor comprensión de las subjetividades contemporáneas. Una muy buena alternativa, pues, desde la Sociología, a los manuales más ortodoxos de introducción a la Psicología Social.

No resta más que agradecer al CIS la publicación de este texto en nuestra lengua, pues será de gran utilidad para la docencia y el trabajo académico, en general en las ciencias sociales y, en particular, en Psicología Social y Sociología. Igualmente, es de agradecer la labor del equipo de traductores, tarea ingrata, pues es su invisibilidad la muestra de su excelencia.